

# Variaciones sobre un amor

Pedro Miguel Fuentes

El auténtico Ignacio de ayer, de hoy y de siempre, visto con la frescura, fuerza y originalidad de quien trae a un tema tan tratado los ojos nuevos, el lenguaje nuevo, la sensibilidad nueva del hombre de esta segunda mitad del siglo XX.

Durante este año los escritores han ahuecado sus plumas y han escrito sobre "San Ignacio y esto", "San Ignacio y aquello", "San Ignacio y lo de más allá". Es decir, han hecho historia, y toda historia se hace sobre el pasado, que es un eufemismo para señalar lo muerto. Para mí, San Ignacio vive y palpita hoy. Por eso prefiero escribir sobre "San Ignacio y nada", o, si se quiere, sobre "San Ignacio y todo". Porque el todo de Ignacio es el amor y sobre el amor no se puede escribir nada; el amor se vive.

Ignacio se debate en una época tronchada, como todas, en dos frentes antagónicos e irreconciliables: el amor y el odio. Pero lo típico en la suya es que este amor y este odio desgarran la misma túnica inconsútil de la Unidad de Occidente y el antagonismo se nutre, por ambas partes, en las más hondas reservas del espíritu. Allí se ama o se odia furiosamente; se muere en cielo o en infierno; no hay componendas en la muerte, quizás por la descompuesta rabia con que se discute el purgatorio.

A Ignacio, por español y vasco, la lucha lo define en las barricadas de más allá, las del amor. Su nacimiento mismo está iluminado por una aurora amorosa. Acaece por los años en que un hombre enamorado de mundos, saca del Atlántico una nueva tierra y en que otra mujer enamorada de cielos sueña en poblar el cielo con los habitantes de esa tierra. Fué precisamente ese amor el que nos soñó y nos alumbró a nosotros:

*Nuestra historia comienza con  
[la escena sencilla  
con que comienza siempre cual-  
quiera maravilla:  
con una joven reina que sueña  
[y se arrodilla,  
con ese sueño loco de la his-  
pana Castilla.*

Porque todo amor es sueño, pero un sueño loco, ya que sin dejar de ser sueño se hace realidad.

Se ha hablado mucho del militarismo de Loyola, de su ascética guerrera, de

su táctica espiritual y del espíritu táctico, guerrero y militarista de su Orden.

El amor, sin ser mujer, viste a la moda, y no por eso deja de ser amor. Si antes corrió de castillo en castillo o de pueblo en pueblo en guitarra de juglar o trovador, y después balconeó donjuanesca y hoy "viaja en tranvía", en el siglo de Ignacio montaba a caballo, con coraza al pecho y lanza en ristre. Y no le preguntemos por qué; las modas no se razonan. Pero no andaríamos fuera de pista si recordamos que el impulso más masivo de amor y del amor más sublime, el del Santo Sepulcro, se vistió de Caballero en Cruzada. El amor tiene su expresión y su expresión no fué siempre el romance o el beso. El combate fué el gesto del de Ignacio, como lo fué de Amadís o Quijote, de Mío Cid o Rolando. Pero no un combate porque sí, sino un combate, un jugarse la vida en servicio de alguien que en el campo abstracto será el ideal, pero que al concretarse se llamará, casi siempre, mujer. Por algo Ignacio era amigo de faldas en la realidad, y soñaba, en la idealidad, con una mujer que era más que princesa. Caballero enamorado más apasionado, más definido quizás; pero, al fin y al cabo, cortado a las dimensiones renacentistas.

El amor de Dios, disparado desde la boca de un arcabuz, quebró sus andanzas enamoradas de tierra. Porque no sin dolor se decide el hombre a desprenderse de las seguridades de dos pies aferrados tenazmente al suelo, para iniciar un itinerario cojo en esperanzas humanas. Sólo un mayor amor es capaz de apoyar el vacío entre los pies y la tierra. Y el que se decide a dar el salto sólo tiene certeza del borde que abandona; en cuanto al abismo que lo recibirá solamente lo pre-sabe en esperanza. Y la esperanza no

anida en titubeos de amor. Ignacio fué capaz de dejar el amor menor, porque fué encontrado por el mayor amor y se enamoró vascamente de él, que es decir: tercamente, caballerosamente, tiernamente, amorosamente.

En las nuevas dimensiones por las anchas llanuras del cielo, su amor cabalgará brioso, vestirá coraza y avanzará a punta de lanza en deseo de servicio; todo como antes, aunque no por el mismo ideal y sí con mayor pasión.

Y, porque el mayor amor tiene su objeto, Ignacio se enamora del Amor, con mayúscula, y porque ese Amor se hizo presente, sobre la tierra, en Cristo, se enamora perdidamente de Cristo y no de un Cristo fragmentado. La totalidad de su amor lo enamora del Cristo total. La dama de sus sueños será la Iglesia sin mancha y sin arrugas, y la dama de sus realidades será esa misma Iglesia debatiéndose en la historia, rasgada por el odio y proliferada de cizaña. Y por apresurar en ésta la limpieza de aquella, abrirá huellas por todos los caminos, hacia todos los rumbos; fatigará su cuerpo y multiplicará sus brazos, en ansia apasionada de amoroso servicio. No le ha tocado vivir una época en que el amor se exprese en contemplación. Le ha sido asignado el siglo del amor en crisis, que es decir, amor en pie de guerra. Y la táctica del amor beligerante es una sola: servir. Y si lo que está en crisis y en guerra es el mayor amor, entonces la única táctica efectiva será: el mayor servicio.

El amor recién nacido trae en sus espigas el fresco gusto de la tierra que lo acunó. Por eso el amor de San Benito se inclina gracioso hacia el surco y desgrana la limpia gracia del salterio, fruto espontáneo de corazón virgen.

El amor adolescente está a flor de

piel, transparente y sencillo. Deambula por un universo, inmensa cofradía de voluntades enamoradas. Todo es primaveral en una juventud que se abre, y en primavera todo es fresco, traslúcido, desnudo de complicaciones. El amor entonces dice: hermano sol, hermano asno, hermano lobo, y, por única vez, el hombre es para el hombre un lobo hermano.

Amor en madurez, se llama la época de Ignacio. Aquella en que la tierra se conoce y sabe para cuánto es y quién es; en la que, el que es, vuelve sus ojos, en un nostálgico saludo, al que debiera ser. Es la etapa en que el mundo reflexiona en lo que debió ser y nunca será, y en lo que será si quiere realmente ser. En ella el asno es asno y el lobo es lobo, a secas, y el hombre es lobo para el hombre, porque se vive uno de esos atolladeros históricos en que la madurez está tocando ya los filos de la vejez. Se trata entonces de salvar lo salvable; y no faltan quienes, esperando contra toda esperanza, se lanzan al campo de batalla, para evitar lo inevitable. Todo es cuestión de audacia; todo es cuestión de amor. Pero en un universo en lucha no puede entrar el amor jugueteando por entre surcos de sangre ni avanzar ingenuamente desnudo hacia un cañoneo ininterrumpido de herrejías.

Cada santo vivió su amor en grado máximo, pero cada uno vivió el amor con edad de tiempo.

Ignacio vivió el amor enmarcado en las fronteras de su época —no fué un extraepocado— y porque su época fué campo de batalla, lo vivió en la lucha. Y porque era lucha de rebelión al Amor, se estrechó audazmente al Amor, y puesto que rebelión es voluntad de no servir, ató su voluntad, con nudo irrompible, al servicio del Amor. En lenguaje jurídico

“Y todos los que hicieron profesión en esta Compañía se acordarán, no sólo al tiempo que la hacen, mas todos los días de su vida, que esta Compañía y todos los que en ella profesan, son soldados de Dios, que militan debajo de la fiel obediencia de nuestro Santo Padre y Señor el Papa... y los otros Romanos Pontífices sus sucesores.” — (De la Fórmula del Instituto de la Compañía de Jesús, aprobada por Julio III).

se llama a esto “cuarto voto de obediencia”, en lenguaje ignaciano —que es decir amoroso— se denomina: “militar bajo la bandera de la Cruz”. Porque al fin y al cabo la Cruz no es sino Cristo, quien para servir perfectamente al Amor, se hace “obediente hasta la muerte y muerte de Cruz”.

Francisco se enamoró de la hermana pobreza, porque nada es más bello que la desnudez en un amor virgen.

Ignacio, hijo de un mundo trasnochado de pecado y rebelión, se enamora de lo más sublime y de lo más urgente en ese instante: la atadura obediencial de Cristo.

Y esa es su herencia cuando muere, que en último término es herencia de Cruz. Por eso exige que sus herederos sean “hombres crucificados”. Todo crucificado muere y la mayor prueba de amor en servicio la dió Jesucristo muriendo en Cruz.

Por eso a Ignacio se lo ama o se lo odia; es imposible pasar con indiferencia a su lado. El amor crucificado traza y exige definiciones drásticas.

A lo largo de los siglos ha tenido legiones de enamorados de su amor y legiones de odiadores de su amor. Un día me enamoró a mí.